

COLECCIÓN
♦ DE POESÍA ♦
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Meras cosas del espíritu

Poemas en torno a la pobreza

Selección de Modesta García Roa

Prólogo de Bulmaro Reyes Coria



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Meras cosas del espíritu

Poemas en torno a la pobreza

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA



Meras cosas del espíritu

Poemas en torno a la pobreza

Selección de Modesta García Roa

Prólogo de Bulmaro Reyes Coria



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Ricardo Villanueva Lomeli
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Carlos Iván Moreno Arellano
Coordinación General
Académica y de Innovación

Patricia Rosas Chávez
Dirección del Instituto
Transdisciplinar de Literacidad

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2020

Directores de la colección
Hugo Gutiérrez Vega †
Lucinda Ruiz Posada †

Coordinador de la colección
Jorge Alfonso Souza Jauffred

Selección
Modesta García Roa

Prólogo
Bulmaro Enrique Reyes Coria

D.R. © 2020, Universidad de Guadalajara



José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

Diciembre de 2020

ISBN 978-607-571-002-0

Hecho en México
Made in Mexico



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Estimado lector:

A casi una década de su creación, el Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar, se ha consolidado como una iniciativa de responsabilidad social de gran alcance. Este Programa atiende un problema social que se encuentra en la base de la educación y realiza acciones no sólo para el desarrollo de habilidades como leer y escribir en el ámbito universitario, sino que también promueve el placer por la lectura y el acceso a los libros.

Sabemos que existe una correlación positiva entre la cantidad de libros que se poseen y el desempeño académico; sin embargo, en México sólo una de cada cuatro personas tiene más de 25 libros en su hogar (Conaculta, 2016). Por eso, la Universidad de Guadalajara se ha empeñado en aportar tirajes masivos para hacer accesible la lectura, así como desarrollar una serie de actividades que promuevan el gusto por ésta.

Las colecciones literarias de narrativa: Caminante Fernando del Paso; de poesía, Hugo Gutiérrez Vega, y de ensayo, Fernando Carlos Vevia Romero, expresan un mensaje que la Universidad de Guada-

lajara quiere transmitir a toda la ciudadanía. Leer es importante, leer es placentero, leer es transformador, leer es posible.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Ricardo Villanueva Lomelí

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

- 13** **Remiendos en la piel del alma**
- 17** **Rubén Bonifaz Nuño**
17 Algo se me ha quebrado esta mañana...
19 No me ilusiono, admito
- 21** **César Vallejo**
21 Traspíe entre dos estrellas
23 Los desgraciados
25 El pan nuestro
26 Un hombre pasa con un pan al hombro
- 28** **Miguel Hernández**
28 El hambre
31 Jornaleros
- 33** **César Arístides**
33 La plegaria de enero
- 34** **Fernando del Paso**
34 Porque todo será mentira
- 35** **Rodolfo Naró**
35 Sombras de números me persiguen

- 36 Pablo Neruda**
36 Oda a la pobreza
- 41 Lope de Vega**
41 De vos se queja la pobreza humana
41 Vuesa merced se puso a la ventana
- 43 Iván Paredes García**
43 Un mundo blanco
- 47 Ruben Gerdel**
47 La mosca en la jaula
49 Paisaje con metro y sonidero
- 53 Gabriel Celaya**
53 La poesía es un arma cargada de futuro
- 56 Vicente Huidobro**
56 Pasión pasión y muerte
- 59 Efraín Huerta**
59 ¡Mi país, oh, mi país! (fragmento)
- 62 Fernando Pessoa, "Alberto Caeiro"**
62 No creo en Dios
- 64 Miguel de Cervantes**
64 A un valentón

- 65** **Eduardo Lizalde**
65 Muere esta ínfima criatura
67 Pan de ayer (fragmento)
- 69** **Antonio Machado**
69 El hospicio
- 70** **José de Espronceda**
70 El mendigo
- 75** **Ramón de Campoamor**
75 Nochebuena
- 78** **Carlos Pezoa Véliz**
78 Nada
79 El perro vagabundo
81 El pintor Pereza
- 85** **Juan de Dios Peza**
85 Un consejo de familia
- 89** **Miguel de Unamuno**
89 La vida es limosna
- 94** **Emily Dickinson**
94 La esperanza es un ente de plumas
- 95** **Antonio Plaza**
95 Dolce far niente

- 96 Dos entierros
96 El tahúr fullero
- 98 Francisco de Quevedo**
98 Prefiere la hartura y sosiego mendigo
a la inquietud magnífica de los poderosos
99 A un hombre casado y pobre
- 100 Gaspar Núñez de Arce**
100 La inundación
- 102 William Blake**
102 El deshollinador
- 104 Ricardo Muñoz Munguía**
104 La marcha del día
- 106 Antonio López Mijares**
106 Puestos en platito
107 La pobre sopa hirviendo
- 109 Raúl Bañuelos Salcedo**
109 Todos los pobres
- 110 Gilberto Meza**
110 Llanto por unos zapatos entrañables

111	Luis Armenta Malpica
111	Ciudad de mar interno (fragmento)
113	Elena Preciado
113	Descenso
114	Posesión
115	Asesina
116	Autores

Remiendos en la piel del alma

Repito. En sentido etimológico, el poeta es creador. De la mano de Aristóteles, quizá re creador, porque el poeta no crea de la nada, sino del universo ya creado, y lo hace mediante mimesis, de modo que el poeta más bien debiera llamarse mimo; pero, lástima, alguien conquistó primero ese nombre para el teatro. Y hay poetas para todos los gustos. Unos cantan la vida, aquéllos enamoran, éstos lloran, los de más allá enseñan, algunos alcanzan de todo un poco, otros ayudan a tolerar angustias e incluso la muerte. Se dirá que unos son mejores que otros. Los eruditos darán su juicio; los lectores, el suyo. Pero sea lo que sea que pase, nunca ha de huirse de la compañía de los poetas, pues cuando no hay nadie, podría sonar el reloj, e irse “deshaciendo la tristeza”.

Y la tristeza nos desharía por innúmeras causas, algunas de las cuales son identificables gracias a las lecturas de Modesta García Roa, la autora de la presente antología, pues pone ante nuestros ojos a treinta y tres poetas que se revolcaron en las ruinas dejadas por el hambre o la tristeza, el coraje o la desesperanza, con el único propósito de reconstruir sobre ellas, mediante la denuncia poética, los mundos contrarios: humanas la satisfacción, la felicidad, la dignidad.

Así, en el orden en que los muestra la antología, las tales causas denunciadas y sus denunciantes son, en número

mágico, 34: los tantos remiendos en la piel del alma (Rubén Bonifaz Nuño), no tener siquiera cuerpo, o temblar de frío, toser, escupir sangre (César Vallejo), que cobramos el jornal al precio de la sangre, o que nos pagan en plomo sufrimientos, trabajos y dineros (Miguel Hernández), pagar a crédito el derrumbe de la vida y la casa húmeda y sucia que presume su mortaja (César Arístides), andar cuatro días tragando miedo (Fernando del Paso), que los cobradores me encuentran (Rodolfo Naró), que vi sacar mis muebles a la calle (Pablo Neruda), que nunca me dan nada (Lope de Vega), que la gente morena es buena abriendo puertas (Iván Paredes García), que mi memoria huele a orina, callejones y policías (Ruben Gerdel), que vivimos a golpes (Gabriel Celaya), que se me caen los brazos como aspas rotas sobre la tierra (Vicente Huidobro), cortar el corazón y la palabra al hombre (Efraín Huerta), no creer en Dios (Fernando Pessoa, “Alberto Caeiro”), ver que ya la bolsa nos repica (Miguel de Cervantes Saavedra), no haber hospitales para mariposas (Eduardo Lizalde), que se asoman por un ventanuco rostros pálidos, atónitos y enfermos (Antonio Machado), ser mendigo (José de Espronceda), que la niña llora de frío, y la madre pide llorando (Ramón de Campoamor), roer mendrugos corrompidos (Carlos Pezoa Véliz), que no sirven los versos ni para sazonar el estofado (Juan de Dios Peza), que es el pordiosero (Miguel de Unamuno), no pedir, ni en las malas, un solo trozo de pan (Emily Dickinson), que se acaba en la vejez hecho mendigo (Antonio Plaza), diez años

en su suegra estar preso (Francisco de Quevedo), que el labrador, en lágrimas deshecho, sin amores, sin hijos y sin nido, sobre las ruinas de su hogar solloza (Gaspar Núñez de Arce), que si trabajamos bien, no habremos de temer tormento (William Blake), andar sobre polvo y grietas de la propia piel (Ricardo Muñoz Munguía), que a la mesa el padre mago, el hijo ciego cantan (Antonio López Mijares), que los poderosos tendrían que trabajar la tierra, velar sus fábricas, dar clases de filosofía y ética a sus hijos (Raúl Bañuelos Salcedo), tuve que rendirme a las verdades de suelas tan gastadas, de tacones marchitos, de piel luida y triste (Gilberto Meza), estar solo sin otra alma en el alma en donde guarecernos (Luis Armenta Malpica), que hay los que buscan en la basura y gente que pierde todo (Elena Preciado).

En resumen, primero, el hambre y la tristeza en muchedumbre permanente, a través de historias pretéritas y presentes que no hallan camino a evitar ser futuras, se deben a desigualdad social nutrida por el imperio; y, luego, el coraje y la desesperanza, como armas únicas posibles, se vuelven, entonces, inermes en la lucha por la vida o por la muerte.

En otros espacios no muy lejanos ni local ni temporalmente, la pobreza se ha visto y enseñado desde otras perspectivas. Los hermanos Wilhelm y Jacob Grimm, por ejemplo, la muestran poderosa invencible, porque se premia a los pobres a condición de que sean piadosos, y se castiga a los ricos por ser avaros y perversos en-

vidiosos. Aquéllos encuentran en la piedad el socorro abundante para aliviar el hambre de su familia; éstos lo pierden todo en el afán de su avaricia. Como sea, lo importante es que la poesía pretende reconstruir.

De los poetas de García Roa, unos directamente buscan crear la destrucción de la pobreza por la pobreza misma; otros, humillar a los ricos para resarcir a los pobres. Desde el inicio, Rubén Bonifaz Nuño nos recuerda que hasta los ratones desfallecen de hambre en las cocinas humildes; y, al final, Elena Preciado denuncia, y no con lenguaje figurado, la existencia de gente que pierde todo, que sin nada nacen, que perdidas viven y yacen ignoradas en el lodo. Es como si los poetas construyeran sus palabras fundados en las de Amós: “los que buscan al pobre sólo para arruinarlo disminuyen las medidas, alteran las balanzas, obligan a los pobres a venderse; por un par de sandalias los compran y hasta venden el salvado como trigo”.

Tras la lectura de estos poemas, los que tenemos una historia de dolor podríamos hallar, si no remedio, consuelo en ese mal de muchos, y muchos podríamos hacer conciencia de ese mundo de hambre, por que a unos al menos cause vergüenza; a los mejores, deseos de justicia.

Bulmaro Reyes Enrique Coria (diciembre de 2019),
Instituto de Investigaciones Filológicas,
Universidad Nacional Autónoma de México)

Rubén Bonifaz Nuño

Algo se me ha quebrado esta mañana...

Algo se me ha quebrado esta mañana
de andar, de cara en cara, preguntando
por el que vive dentro.

Y habla y se queja y se me tuerce
hasta la lengua del zapato,
por tener que aguantar como los hombres
tanta pobreza, tanto oscuro
camino a la vejez; tantos remiendos,
nunca invisibles, en la piel del alma.

Yo no entiendo; yo quiero solamente,
y trabajo en mi oficio.
Yo pienso: hay que vivir; dificultosa
y todo, nuestra vida es nuestra.
Pero cuánta furia melancólica
hay en algunos días. Qué cansancio.

Cómo, entonces,
pensar en platos venturosos,
en cucharas colmadas, en ratones
de lujosísimos departamentos,

si entonces recordamos que los platos
aúllan de nostalgia, boquiabiertos,
y despiertan secas las cucharas,
y desfallecen de hambre los ratones
en humildes cocinas.

Y conste que no hablo
en símbolos; hablo llanamente
de meras cosas del espíritu.

Qué insufribles, a veces, las virtudes
de la buena memoria; yo me acuerdo
hasta dormido, y aunque jure y grite
que no quiero acordarme.

De andar buscando llego.
Nadie, que sepa yo, quedó esperándome.
Hoy no conozco a nadie, y sólo escribo
y pienso en esta vida que no es bella
ni mucho menos, como dicen
los que viven dichosos. Yo no entiendo.

Escribo amargo y fácil,
y en el día resollante y monótono
de no tener cabeza sobre el traje,
ni traje que no apriete,
ni mujer en que caerse muerto.

No me ilusiono, admito

No me ilusiono, admito, es de mi gusto,
que soy un hombre igual a todos.
Trabajo en algo, cobro
mi sueldo insuficiente; me divierto
cuando puedo, o me aburro hasta morirme;
hablo, me callo a veces, pido
mi comida, y a ratos
quisiera ser feliz gloriosamente,
y hago el amor, o voy y vengo
sin nadie que me siga. Tengo un perro
y algunas cosas mías.

En general, no estoy conforme
ni me resigno. Quiero mi derecho,
de hombre común, a deshacerme
la frente contra el muro, a golpearme,
en plena lucidez, contra los ojos
cerrados de las puertas; o de plano
y porque sí, a treparme en una silla,
en cualquier calle, a lo mariachi,
y cantar las cosas que me placen.

También, monumental, hago mi juego
en serio con las gentes,
según las reglas, y reclamo
mis ganancias y pérdidas, y busco

la revancha, o perdono
por generoso o por flojera.

Manos de hombre tengo; manos
para tomar, de las cosas que existen,
lo que por hombre se me debe,
y, por lo que yo debo, hacer algunas
de las cosas que faltan.

Y reconozco que me importa
ser pobre, y que me humilla,
y que lo disimulo por orgullo.

Tú, compañero, cómplice que llevo
dentro de todos, junto a mí, lo sabes.
Hermano de trabajos que caminas
en hombres y mujeres, apretado
como la carne contra el hueso,
y vives, sudas y alborotas
en mí y conmigo y para mí y contigo.

César Vallejo

Traspié entre dos estrellas

¡Hay gentes tan desgraciadas, que ni siquiera
tienen cuerpo; cuantitativo el pelo,
baja, en pulgadas, la genial pesadumbre;
el modo, arriba;
no me busques, la muela del olvido,
parecen salir del aire, sumar suspiros mentalmente, oír
claros azotes en sus paladares!

Vanse de su piel, rascándose el sarcófago en que nacen
y suben por su muerte de hora en hora
y caen, a lo largo de su alfabeto gélido, hasta el suelo.

¡Ay de tanto! ¡ay de tan poco! ¡ay de ellas!
¡Ay en mi cuarto, oyéndolas con lentes!
¡Ay en mi tórax, cuando compren trajes!
¡Ay de mi mugre blanca, en su hez mancomunada!

¡Amadas sean las orejas sánchez,
amadas las personas que se sientan,
amado el desconocido y su señora,
el prójimo con mangas, cuello y ojos!

¡Amado sea aquel que tiene chinches,
el que lleva zapato roto bajo la lluvia,

el que vela el cadáver de un pan con dos cerillas,
el que se coge un dedo en una puerta,
el que no tiene cumpleaños,
el que perdió su sombra en un incendio,
el animal, el que parece un loro,
el que parece un hombre, el pobre rico,
el puro miserable, el pobre pobre!

¡Amado sea
el que tiene hambre o sed, pero no tiene
hambre con qué saciar toda su sed,
ni sed con qué saciar todas sus hambres!

¡Amado sea el que trabaja al día, al mes, a la hora,
el que suda de pena o de vergüenza,
aquel que va, por orden de sus manos, al cinema,
el que paga con lo que le falta,
el que duerme de espaldas,
el que ya no recuerda su niñez; amado sea
el calvo sin sombrero,
el justo sin espinas,
el ladrón sin rosas,
el que lleva reloj y ha visto a Dios,
el que tiene un honor y no fallece!

¡Amado sea el niño, que cae y aún llora
y el hombre que ha caído y ya no llora!

¡Ay de tanto! ¡Ay de tan poco! ¡Ay de ellos!

Los desgraciados

Ya va a venir el día; da
cuerda a tu brazo, búscate debajo
del colchón, vuelve a pararte
en tu cabeza, para andar derecho.
Ya va a venir el día, ponte el saco.

Ya va a venir el día; ten
fuerte en la mano a tu intestino grande, reflexiona,
antes de meditar, pues es horrible
cuando le cae a uno la desgracia
y se le cae a uno a fondo el diente.

Necesitas comer, pero, me digo,
no tengas pena, que no es de pobres
la pena, el sollozar junto a su tumba;
remiéndale, recuerda,
confía en tu hilo blanco, fuma, pasa lista
a tu cadena y guárdala detrás de tu retrato.
Ya va a venir el día, ponte el alma.

Ya va a venir el día; pasan,
han abierto en el hotel un ojo,
azotándolo, dándole con un espejo tuyo...
¿Tiemblas? Es el estado remoto de la frente
y la nación reciente del estómago.
Roncan aún... ¡Qué universo se lleva este ronquido!
¡Cómo quedan tus poros, enjuiciándolo!
¡Con cuántos doses ¡ay! estás tan solo!

Ya va a venir el día, ponte el sueño.
Ya va a venir el día, repito
por el órgano oral de tu silencio
y urge tomar la izquierda con el hambre
y tomar la derecha con la sed; de todos modos,
abstente de ser pobre con los ricos,
atiza tu frío, porque en él se integra mi calor,
[amada víctima.
Ya va a venir el día, ponte el cuerpo.

Ya va a venir el día;
la mañana, la mar, el meteoro, van
en pos de tu cansancio, con banderas,
y, por tu orgullo clásico, las hienas
cuentan sus pasos al compás del asno,
la panadera piensa en ti,
el carnicero piensa en ti, palpando
el hacha en que están presos
el acero y el hierro y el metal; jamás olvides
que durante la misa no hay amigos.
Ya va a venir el día, ponte el sol.

Ya viene el día; dobla
el aliento, triplica
tu bondad rencorosa
y da codos al miedo, nexo y énfasis,
pues tú, como se observa en tu entrepierna y siendo
el malo ¡ay! inmortal,
has soñado esta noche que vivías
de nada y morías de todo...

El pan nuestro

Se bebe el desayuno... Húmeda tierra
de cementerio huele a sangre amada.
Ciudad de invierno... La mordaz cruzada
de una carreta que arrastrar parece
una emoción de ayuno encadenada!

Se quisiera tocar todas las puertas,
y preguntar por no sé quién; y luego
ver a los pobres, y, llorando quedos,
dar pedacitos de pan fresco a todos.
Y saquear a los ricos sus viñedos
con las dos manos santas
que a un golpe de luz
volaron desclavadas de la Cruz!

Pestaña matinal, no os levantéis!
El pan nuestro de cada día dámoslo,
Señor...!

Todos mis huesos son ajenos;
yo tal vez los robé!
Yo vine a darme lo que acaso estuvo
asignado para otro;
y pienso que, si no hubiera nacido,
otro pobre tomara este café!
Yo soy un mal ladrón...
A dónde iré!

Y en esta hora fría, en que la tierra
trasciende a polvo humano y es tan triste,
quisiera yo tocar todas las puertas,
y suplicar a no sé quién, perdón,
y hacerle pedacitos de pan fresco
aquí, en el horno de mi corazón...!

Un hombre pasa con un pan al hombro

Un hombre pasa con un pan al hombro
¿Voy a escribir, después, sobre mi doble?

Otro se sienta, ráscase, extrae un piojo de su axila, mátalos
¿Con qué valor hablar del psicoanálisis?

Otro ha entrado a mi pecho con un palo en la mano
¿Hablar luego de Sócrates al médico?

Un cojo pasa dando el brazo a un niño
¿Voy, después, a leer a André Breton?
Otro tiembla de frío, tose, escupe sangre
¿Cabrá aludir jamás al Yo profundo?

Otro busca en el fango huesos, cáscaras
¿Cómo escribir, después, del infinito?
Un albañil cae de un techo, muere y ya no almuerza
¿Innovar, luego, el tropo, la metáfora?

Un comerciante roba un gramo en el peso a un cliente
¿Hablar, después, de cuarta dimensión?

Un banquero falsea su balance
¿Con qué cara llorar en el teatro?

Un paria duerme con el pie a la espalda
¿Hablar, después, a nadie de Picasso?

Alguien va en un entierro sollozando
¿Cómo luego ingresar a la Academia?

Alguien limpia un fusil en su cocina
¿Con qué valor hablar del más allá?

Alguien pasa contando con sus dedos
¿Cómo hablar del no yo sin dar un grito?

Miguel Hernández

El hambre

Tened presente el hambre: recordad su pasado
turbio de capataces que pagaban en plomo.
Aquel jornal al precio de la sangre cobrado,
con yugos en el alma, con golpes en el lomo.

El hambre paseaba sus vacas exprimidas,
sus mujeres reseca, sus devoradas ubres,
sus ávidas quijadas, sus miserables vidas
frente a los comedores y los cuerpos salubres.

Los años de abundancia, la saciedad, la hartura
eran sólo de aquellos que se llamaban amos.
Para que venga el pan justo a la dentadura
del hambre de los pobres aquí estoy, aquí estamos.

Nosotros no podemos ser ellos, los de enfrente,
los que entienden la vida por un botín sangriento:
como los tiburones, voracidad y diente,
panteras deseosas de un mundo siempre hambriento.

Años del hambre han sido para el pobre sus años.
Sumaban para el otro su cantidad los panes.

Y el hambre alobadaba sus rapaces rebaños
de cuervos, de tenazas, de lobos, de alacranes.

Hambrientamente lucho yo, con todas mis brechas,
cicatrices y heridas, señales y recuerdos
del hambre, contra tantas barrigas satisfechas:
cerdos con un origen peor que el de los cerdos.

Por haber engordado tan baja y brutalmente,
más abajo de donde los cerdos se solazan,
seréis atravesados por esta gran corriente
de espigas que llamean, de puños que amenazan.

No habéis querido oír con orejas abiertas
el llanto de millones de niños jornaleros.
Ladrabais cuando el hambre llamaba a vuestras puertas
a pedir con la boca de los mismos luceros.

En cada casa, un odio como una higuera fosca,
como un tremante toro con los cuernos tremantes,
rompe por los tejados, os cerca y os embosca,
y os destruye a cornadas, perros agonizantes.

II

El hambre es el primero de los conocimientos:
tener hambre es la cosa primera que se aprende.

Y la ferocidad de nuestros sentimientos,
allá donde el estómago se origina, se enciende.

Uno no es tan humano que no estrangule un día
pájaros sin sentir herida en la conciencia:
que no sea capaz de ahogar en nieve fría
palomas que no saben si no es de la inocencia.

El animal influye sobre mí con extremo,
la fiera late en todas mis fuerzas, mis pasiones.
A veces, he de hacer un esfuerzo supremo
para acallar en mí la voz de los leones.

Me enorgullece el título de animal en mi vida,
pero en el animal humano persevero.
Y busco por mi cuerpo lo más puro que anida,
bajo tanta maleza, con su valor primero.

Por hambre vuelve el hombre sobre los laberintos
donde la vida habita siniestramente sola.
Reaparece la fiera, recobra sus instintos,
sus patas erizadas, sus rencores, su cola.

Arroja sus estudios y la sabiduría,
y se quita la máscara, la piel de la cultura,
los ojos de la ciencia, la corteza tardía
de los conocimientos que descubre y procura.

Entonces sólo sabe del mal, del exterminio.
Inventa gases, lanza motivos destructores,
regresa a la pezuña, retrocede al dominio
del colmillo, y avanza sobre los comedores.

Se ejercita en la bestia, y empuña la cuchara
dispuesto a que ninguno se le acerque a la mesa.
Entonces sólo veo sobre el mundo una piara
de tigres, y en mis ojos la visión duele y pesa.

Yo no tengo en el alma tanto tigre admitido,
tanto chacal prohijado, que el vino que me toca,
el pan, el día, el hambre no tenga compartido
con otras hambres puestas noblemente en la boca.

Ayudadme a ser hombre: no me dejéis ser fiera
hambrienta, encarnizada, sitiada eternamente.
Yo, animal familiar, con esta sangre obrera
os doy la humanidad que mi canción presiente.

Jornaleros

Jornaleros que habéis cobrado en plomo
sufrimientos, trabajos y dineros.
cuerpos de sometido y alto lomo:
jornaleros.

Españoles que España habéis ganado
labrándola entre lluvias y entre soles.
Rabadanes del hambre y del arado:
españoles.

Esta España que, nunca satisfecha
de malograr la flor de la cizaña,
de una cosecha pasa a otra cosecha:
esta España.

César Arístides

La plegaria de enero

A crédito pago el derrumbe de mi vida
la frescura del párvulo
se debate entre las nochebuenas
y el horror del año que principia
la casa húmeda y sucia presume su mortaja
me asedia por las noches
en el elixir del insomnio
cabalgata implacable
en la pétrea nuca de mi ciudad encantada.

Avisto en el monte de angustia
la escapada de mujeres desnudas
barraca en llamas
ahí se consume la sangre
savia de un porvenir deslumbrante
frente al epistolario
en ese hacinamiento
que la divinidad me dispuso
para purgar macilento
los placeres del enero infernal.

Fernando del Paso

Porque todo será mentira

Porque todo será mentira,
y porque todo será posible:
cuando se tienen cuatro días de ir comiendo olvido,
andar tragando miedo y llorar calando fríos,
se tiene sed a botellones huecos,
se sabe hambre a zopilotes lentos, se llueve y se mojan
pedazos
de piedras,
de ríos,
de pollos,
de moscas...

Rodolfo Naró

Sombras de números me persiguen

Sombras de números me persiguen
el 1 es una lanza, el 8 un laberinto,
el 7 como la guadaña.
El acertijo del 3 me aterra
al llegar a la cuarta ventanilla del banco.
2% más de interés me asfixia,
como si pasara 85 segundos bajo el agua.
Antes el 69 me apasionaba
ahora es una tortura llegar a fin de mes
con sólo ese dinero en el bolsillo.
Mi deuda interna me acorrala
huyo de mí sin saber a dónde.
Me debo tiempo, pensar en instantes
y no en cifras, abogados y tarjetas de crédito.
Soy el cero a la izquierda de mi nombre.
Números y más números me funden
me acosan, me señalan
y por más que trato de esconderme
los cobradores me encuentran.

Pablo Neruda

Oda a la pobreza

Cuando nací,
pobreza,
me seguiste,
me mirabas
a través
de las tablas podridas
por el profundo invierno.
De pronto
eran tus ojos
los que miraban desde los agujeros.
Las goteras,
de noche, repetían
tu nombre y tu apellido
o a veces
el salto quebrado, el traje roto,
los zapatos abiertos,
me advertían.
Allí estabas
acechándome
tus dientes de carcoma,
tus ojos de pantano,
tu lengua gris

que corta
la ropa, la madera,
los huesos y la sangre,
allí estabas
buscándome,
siguiéndome,
desde mi nacimiento
por las calles.

Cuando alquilé una pieza
pequeña, en los suburbios,
sentada en una silla
me esperabas,
o al descorrer las sábanas
en un hotel oscuro,
adolescente,
no encontré la fragancia
de la rosa desnuda,
sino el silbido frío
de tu boca.

Pobreza,
me seguiste
por los cuarteles y los hospitales,
por la paz y la guerra.
Cuando enfermé tocaron
a la puerta:
no era el doctor, entraba
otra vez la pobreza.

Te vi sacar mis muebles
a la calle:
los hombres
los dejaban caer como pedradas.
Tú, con amor horrible,
de un montón de abandono
en medio de la calle y de la lluvia
ibas haciendo
un trono desdentado
y mirando a los pobres
recogías
mi último plato haciéndolo diadema.
Ahora,
pobreza,
yo te sigo.
Como fuiste implacable,
soy implacable.
Junto
a cada pobre
me encontrarás cantando,
bajo
cada sábana
de hospital imposible
encontrarás mi canto.
Te sigo,
pobreza,
te vigilo,
te acerco,

te disparo,
te aislo,
te cerceno las uñas,
te rompo
los dientes que te quedan.
Estoy
en todas partes:
en el océano con los pescadores,
en la mina
los hombres
al limpiarse la frente,
secarse el sudor negro,
encuentran
mis poemas.
Yo salgo cada día
con la obrera textil.
Tengo las manos blancas
de dar pan en las panaderías.
Donde vayas,
pobreza,
mi canto
está cantando,
mi vida
está viviendo,
mi sangre
está luchando.
Derrotaré
tus pálidas banderas

en donde se levanten.
Otros poetas
antaño te llamaron
santa,
veneraron tu capa,
se alimentaron de humo
y desaparecieron.
Yo te desafío,
con duros versos te golpeo el rostro,
te embarco y te destierro.
Yo con otros,
con otros, muchos otros,
te vamos expulsando
de la tierra a la luna
para que allí te quedes
fría y encarcelada
mirando con un ojo
el pan y los racimos
que cubrirán la tierra
de mañana.

Lope de Vega

De vos se queja la pobreza humana

De vos se queja la pobreza humana,
Francisco, aunque conoce el santo celo,
que, desde que os subistes al Carmelo,
lloran por vos las puertas de Altozana.
Si de la vida activa, humilde y llana
a la contemplativa alzáis el vuelo,
vivid en Alcalá, mas quiere el Cielo
infundiros su ciencia soberana.
No son simpleza e ignorancia agravios,
para vuestras costumbres, de importancia,
si el Cielo purifica vuestros labios.
Pues sois de aquellos, para más ganancia,
por quien dijo Augustín que a los más sabios
le quita de las manos la ignorancia.

Vuesa merced se puso a la ventana

Vuesa merced se puso a la ventana,
y luego conoció que era poeta.
(Que la pobreza nunca fue secreta:
sin duda se lo dijo mi sotana.)

Si bien no a todos fiera y inhumana
estrella sigue y saturnal corneta,
a muchos dio carroza, a mí carreta;
para otros Venus, para mi sultana.

Soy en pedir tan poco venturoso,
que sea por la pluma o por la espada,
todos me dicen con rigor piadoso:

“Dios le provea”, y nunca me dan nada;
tanto, que ya parezco virtuoso,
pues nunca la virtud se vio premiada.

Iván Paredes García

Un mundo blanco

I

Lluvia de carencias
en un plato de nada
es la vida del pobre.

Los ojos beben alcoholismo,
hombres condenados se diluyen
con la cara hinchada
mientras sus hijos se fermentan
en el mismo futuro
de sus antepasados.

La ausencia de dinero
no es ser pobre,
ni el pedirle un jitomate
a la vecina,
la misma que pensaba
pedirle una tortilla
al de al lado.

Ser pobre es ser anónimo.

II

Los pies del indigente
siempre van al destierro
en ningún lado hay patria,
toda la han vendido.

La suela del zapato
es la firma de un hombre,
la tierra se nos pega
como tumba cotidiana
de nuestras pérdidas.

La muerte duele más al pobre.
Duele,
lo poco que tenemos
también nos lo quitan.

Comemos rezos
en lugar de fe,
el pan de los sin nada

de donde comen todos.

III

Los pobres amamos el fútbol
porque sabemos lo que es rodar

sin rumbo y sin destino,
vivir a ras de tierra
entre piedras y vidrios.

Somos un balón ponchado
besado con violencia
por zapatos gastados
que corrieron por siempre
arrastrando el lugar de donde vienen.

IV

He visto un mundo bello
donde el amor es real
y todos tienen auto,
los justos triunfan al final.

He visto un mundo bello
donde los edificios
con sus vidrios lujosos,
reflejan árboles y nubes
como en campos de golf.

He visto un mundo blanco
donde los ojos verdes
ven aún más bello el mundo
y la gente morena
es buena abriendo puertas.

He visto un mundo horrible,
alrededor de mí hay hombres
despreciados desde el vientre
y nadie rezará cuando ellos partan.

He visto un mundo real
de camas sin enfermos
porque ellos agonizan en la tierra,
se evaporan y vuelven a las nubes
de donde nunca debieron de salir.

Ruben Gerdel

La mosca en la jaula

Extraño la poesía como quien camina al filo de sus engaños,
con la niñez oculta por la corona que roe mis pasos,
el asfalto irrespirable de la redención.

No cabe el oro en el aliento
ni el artificio en la inmensidad de la carne.
El Aleph de la pobreza llega hasta donde no alcanzan
[mis ojos,
el arte de comer y desaparecer.

Placer para el olvido y un precio,
el número que estalla cada cuerpo entre la muchedumbre.
Danzo en los brazos de los espejismos, un banquete
[frenético,
y me sacio para escapar por un instante a mi indignancia,
para curar a través de cada bocado mi propia condena.

Mi sombra duerme a la intemperie en el banco de un parque,
arropada por la nieve y las limosnas,
mi alma entre los dedos del otro.
Cabe la posibilidad de que ahí exista
sin la riqueza del amor,

sin la indigencia del dinero
en un amanecer que no desespera
porque duerme en el despojo.

La lluvia es la casa cuando el agua de las tuberías sacia
[las albercas,
y el líquido vital se convierte en el enemigo.
El frío de la acera se escurre por los huesos
y la sangre deja de ser el bien máspreciado.

El mundo se me acaba
y yo no tengo nada para ofrecer más que mi respiración
y las goteras de mi memoria,
que huele a orina, callejones y policías.

Que ocurra, que las palabras en la boca y en las secas paredes
del estómago me salven y protejan
de quienes festejan mi estadística sin nombre,
una cifra genérica que discrimina cada bocado.
La pobreza es la pesadilla.

Cabe la posibilidad de que, cuando muera,
se me desprenda el hedor de quienes,
desde la obesidad de sus prejuicios,
me ahogaron en el hambre mientras aún latía.

Solo Dios nos da el anzuelo de las ilusiones.
Ya dan las seis de la mañana,

empiezan a despertar los zaguanes.
Yo sigo dormido, con mi naufragio en la calle,
[mi mordida vacía,
mi poema envenenado y mi rostro sobre la otra cara del reloj.

Paisaje con metro y sonidero

Como cada mañana, tomaba el metro de las ocho.
Correr, correr, correr... No puedes perder ese tren.
Decenas de ventanas, cientos de sombras,
todas licuadas en el caleidoscopio.
Todas se incendian en el olvido.
Piso fuerte la línea amarilla. Sé que está ahí, aunque no la veo,
avisando el peligro inevitable de ser arrojado
[en cualquier momento hacia los rieles.
En el metro no siempre somos dueños de nuestras vidas.
Basta un poco de hastío para encender la ira de quien
[ya no sabe por qué sigue.
Rostros en el vaivén, ya no sufren por la monotonía ni
[el destino.
Se abren las puertas, se cierran, se abren, se... me meten.
No sé qué magia me hace entrar donde ya no cabe una
[gota de sudor más.
Uno, cinco, diez minutos sin que se cierren las puertas.
Ya nadie puede simular, los olores corren en un hervor
[desesperado.
Todos nos vemos de reojo y nos evitamos para no pelearnos.

Nadie tiene la culpa, nadie importa.
No sé cómo, pero la muchedumbre sigue creciendo,
Ya la física es otra,
otra forma de llegar al estiramiento de los cuerpos por
[la fricción y el aplastamiento.
La afluencia sabe que no cabe,
pero no se puede perder el sueldo del día al llegar tarde.
Entre apretujones, manoseos, violencia y malos olores,
se arma la batalla de quienes quieren entrar contra
[quienes tienen que salir.
A la final, se abren camino.
Ir fuera siempre tiene una ayuda irónica de quienes
[empujan con placer.
Y empujan y empujan y empujan hasta que se cierran
[las puertas
con la antesala de un pitido fuerte y una voz encapsulada
[que se asfixia.
La lata de sardinas empieza a andar.
El inframundo tiene sus propias llamas.
El poco aire que llega es turbio, agrio y no quiere vivir ahí.
Se le siente, sabe que sufre nuestra pena porque afuera
[también es gris,
solo que este lado del espejo está encapsulado.
De entre las llamas, surge el sonidero con Celso Piña
[desde una espalda encorvada.
Unos cuantos extienden los diez baros.
Pensar en regresar a la casa es importante,
aunque la brecha sea de horas infinitas.

Con la lluvia nunca se sabe.
Una señora embarazada se coloca en las puertas retando
[a las sardinas,
haciendo peligrar su panza a punto de reventar.
Pero se planta firme, sabe que algún alma piadosa del
[purgatorio,
quizá no el que se hace el dormido, le dará el asiento.
El tren se detiene a medio camino
porque viene el tren que va hacia la otra dirección
y ambos no caben en el túnel.
Nadie cabe en ese túnel, pero todos tenemos que pasar.
Reanuda su insoportable recorrido.
Acelera sin piedad como quien quiere atropellar,
de manera simbólica, a una masa.
Las luces se encienden y apagan disparatadamente,
no tienen arreglo, así como no lo tienen los sindicatos
[que lo mantienen agonizante.
Parece una bajada hacia el centro de la Tierra.
Pero no, vamos de lado, por las siete estaciones, por los
[siete círculos,
nombrados con aires prehispánicos, con el pésame del
[nacionalismo.
Intento encontrar una salvación al mirar por las ventanas.
Pero no hay nada que mirar, y se me olvida.
Un chico que va frente a mí lleva unos audífonos.
Me busca con ojos perdidos en repetidas ocasiones.
Algo trama.
Se apaga la luz y siento el apretujón en mis testículos.

Me queda un dolor insoportable
y el sabor de la impotencia.
Le arrojo una lluvia de golpes al agresor y pienso en todas
[las personas,
cientos de chicas manoseadas cada día.
O lloro o sobrevivo, y dejo al purgatorio secar mis lágrimas.
Pienso en el guardia que me revisó en el aeropuerto
[hace unos meses,
y cómo me lastimó también los güevos, así se supone
[hay que llamarlos,
en una revisión.
Me preguntó mi nacionalidad. Si decía “venezolano”,
¿me tocaba ser violado o desaparecido?
En México no se sabe, en Venezuela tampoco.
Pasa el sonidero con una cumbia pegajosa.
De pronto vuelvo al tren. Me despierta la huida colectiva
[al llegar al último círculo.
Me espero hasta al final para salir.
El sonidero sale antes que yo, y eso que está ciego.
Afuera, en el andén, un señor como de doscientos años
[simula barrer la basura.
Él sabe tanto como yo que la mugre de los días no se quita,
que la pobreza nos tendrá siempre con la lengua atada
[al suelo.

Gabriel Celaya

La poesía es un arma cargada de futuro

Cuando ya nada se espera personalmente exaltante,
más se palpita y se sigue más acá de la conciencia,
fieramente existiendo, ciegamente afirmado,
como un pulso que golpea las tinieblas,

cuando se miran de frente
los vertiginosos ojos claros de la muerte,
se dicen las verdades:
las bárbaras, terribles, amorosas crueldades.

Se dicen los poemas
que ensanchan los pulmones de cuantos, asfixiados,
piden ser, piden ritmo,
piden ley para aquello que sienten excesivo.

Con la velocidad del instinto,
con el rayo del prodigio,
como mágica evidencia, lo real se nos convierte
en lo idéntico a sí mismo.

Poesía para el pobre, poesía necesaria
como el pan de cada día,

como el aire que exigimos trece veces por minuto,
para ser y en tanto somos dar un sí que glorifica.

Porque vivimos a golpes, porque apenas si nos dejan
decir que somos quien somos,
nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno.
Estamos tocando el fondo.

Maldigo la poesía concebida como un lujo
cultural por los neutrales
que, lavándose las manos, se desentienden y evaden.
Maldigo la poesía de quien no toma partido hasta mancharse.

Hago más las faltas. Siento en mí a cuantos sufren
y canto respirando.
Canto, y canto, y cantando más allá de mis penas
personales, me ensancho.

Quisiera daros vida, provocar nuevos actos,
y calculo por eso con técnica qué puedo.
Me siento un ingeniero del verso y un obrero
que trabaja con otros a España en sus aceros.

Tal es mi poesía: poesía-herramienta
a la vez que latido de lo unánime y ciego.
Tal es, arma cargada de futuro expansivo
con que te apunto al pecho.
No es una poesía gota a gota pensada.

No es un bello producto. No es un fruto perfecto.
Es algo como el aire que todos respiramos
y es el canto que espacia cuanto dentro llevamos.

Son palabras que todos repetimos sintiendo
como nuestras, y vuelan. Son más que lo mentado.
Son lo más necesario: lo que no tiene nombre.
Son gritos en el cielo, y en la tierra son actos.

Vicente Huidobro

Pasión pasión y muerte

Señor, hoy es el aniversario de tu muerte.
Hace mil novecientos veintiséis años tú estabas en una cruz
Sobre una colina llena de gente.
En el cielo y la tierra tus ojos eran toda la luz.
Gota a gota sangraste sobre la historia.
Desde entonces un arroyo rojo atraviesa los siglos
[regando nuestra memoria.

Las horas se pasaron ante el umbral extrahumano.
El tiempo quedó clavado con tus pies y tus manos.

Aquellos martillazos resuenan todavía,
Como si alguien llamara a las puertas de la vida.

Señor, perdóname si te hablo en un lenguaje profano,
Mas no podría hablarte de otro modo pues soy
[esencialmente pagano.

Por si acaso eres Dios, vengo a pedirte una cosa
En olas rimadas con fatigas de prosa.

Hay en el mundo una mujer, acaso la más triste, sin
[duda la más bella,
Protégela, Señor, sin vacilar; es ella.

Y si eres realmente Dios y puedes más que mi amor,
Ayúdame a cuidarla de todos los peligros, Señor.

Señor, te estoy mirando con los brazos abiertos.
Quisieras estrechar todos los hombres y todo el universo.

Señor, cuando doblaste tu cabeza sobre la eternidad
Las gentes no sabían si era de tus ojos que brotaba la
[oscuridad.

Las estrellas se fueron una a una en silencio
Y la luna no hallaba cómo esconderse detrás de los cerros.

Se rasgaron las cortinas del cielo
Cuando pasaba tu alma al vuelo.

Y yo sé lo que se vio detrás; no fue una estrella,
Señor, fue la cara más bella,
La misma que verías al momento
Si rompieras la carne de mi pecho.

Como tú, Señor, tengo los brazos abiertos aguardándola
[a ella.
Así lo he prometido y me fatigan tantos siglos de espera.

Se me caen los brazos como aspas rotas sobre la tierra.
¿No podrías, señor, adelantar la fecha?
Señor, en la noche de tu cielo ha pasado un aerolito

Llevándose un voto suyo y su mirada al fondo del infinito.
Hasta el fin de los siglos seguirá rodando nuestro anhelo
[allí escrito.

Señor, ahora de verdad estoy enfermo
Una angustia insufrible me está mascando el pecho.

Efraín Huerta

¡Mi país, oh, mi país! (fragmento)

Ardiente, amado, hambriento, desolado,
bello como la dura, la sagrada blasfemia;
país de oro y limosna, país y paraíso,
país-infierno, país de policías.
Largo río de llanto, ancha mar dolorosa,
república de ángeles, patria perdida.
País mío, nuestro, de todos y de nadie.
Adoro tu miseria de templo demolido
y la montaña de silencio que te mata.
Veo correr noches, morir los días, agonizar las tardes.
Morirse todo de terror y de angustia.
Porque ha vuelto a correr la sangre de los buenos
y las cárceles y las prisiones militares son para ellos.
Porque la sombra de los malignos es espesa y amarga
y hay miedo en los ojos y nadie habla
y nadie escribe y nadie quiere saber nada de nada,
porque el plomo de la mentira cae, hirviendo,
sobre el cuerpo del pueblo perseguido.
Porque hay engaño y miseria
y el territorio es un áspero edén de muerte cuartelaria.
Porque al granadero lo visten
de azul de funeraria y lo arrojan

lleno de asco y alcohol
contra el maestro, el petrolero, el ferroviario,
y así mutilan la esperanza
y le cortan el corazón y la palabra al hombre—
y la voz oficial, agria de hipocresía,
proclama que primero es el orden
y la sucia consigna la repiten
los micos de la Prensa,
los perros voz-de-su-amo de la televisión,
el asno en su curul,
el león y el rotario,
las secretarias y ujieres del Procurador
y el poeta callado en su muro de adobe,
mientras la dulce patria temblorosa
cae vencida en la calle y en la fábrica.
Éste es el panorama:
Botas, culatas, bayonetas, gases ...
¡Viva la libertad!

Buenavista, Nonoalco, Pantaco, Veracruz ...
todo el país amortajado, todo,
todo el país envilecido,
todo eso, hermanos míos,
¿no vale mil millones de dólares en préstamo?
¡Gracias, Becerro de Oro! ¡Gracias, FBI!
¡Gracias, mil gracias, Dear Mister President!
Gracias, honorables banqueros, honestos industriales,
generosos monopolistas, dulces especuladores;

gracias, laboriosos latifundistas,
mil veces gracias, gloriosos vendepatrias,
gracias, gente de orden.
Demos gracias a todos
y rompamos
con un coro solemne de gracia y gratitud
el silencio espectral que todo lo mancilla.
¡Oh país mexicano, país mío y de nadie!
Pobre país de pobres. Pobre país de ricos.
¡Siempre más y más pobres!
¡Siempre menos, es cierto,
pero siempre más ricos!

Fernando Pessoa (Alberto Caeiro)

No creo en Dios

No creo en Dios porque nunca lo he visto.
Si él quisiera que yo creyera en él,
seguro que vendría a hablar conmigo
y entraría por mi puerta diciéndome: ¡Aquí estoy!

Pero si Dios es las flores y los árboles
y los montes y el sol y el luar,
entonces creo en él,
entonces creo en él a todas horas
y mi vida entera es una oración y una misa
y una comunión por los ojos y por los oídos.

Pero si Dios es las flores y los árboles
y los montes y el luar y el sol,
¿por qué llamarle Dios?
Le llamo flores y árboles y montes y sol y luar;
porque si él se hizo, para que yo lo viese,
sol y luar y flores y árboles y montes,
si se me aparece como árboles y montes
y luar y sol y flores
es porque quiere que lo conozca
como árboles y montes y flores y luar y sol.

Y por eso yo le obedezco
(¿qué más sé yo de Dios que Dios de sí mismo?),
le obedezco viviendo, espontáneamente,
como quien abre los ojos y ve,
y le llamo luar y sol y árboles y montes,
y lo llamo sin pensar en él,
y pienso en él viendo y oyendo,
y ando con él a todas horas.

Miguel de Cervantes

A un valentón

Un valentón de espátula y gregüesco
que a la muerte mil vidas sacrifica,
cansado del oficio de la pica,
mas no del ejercicio picaresco,
retorciendo el mostacho soldadesco
por ver que ya su bolsa le repica,
a un corrillo llegó de gente rica
y en el nombre de Dios, pidió refresco.

Den voacedes, por Dios, a mi pobreza
—les dice—, donde no, por ocho santos
que haré lo que suelo sin tardanza.

Mas uno que a sacar la espada empieza

¿Con quién habla —le dijo— el tragacantos?
Si limosna no alcanza,
¿qué es lo que suele hacer en tal querella?
Respondió el bravonel: Irme sin ella.

Eduardo Lizalde

Muere esta ínfima criatura

*Miro la agonía de una vieja falena
destruida por el mediodía clarísimo*

Salvador Elizondo

Veo a la falena agonizar
hace cuatro horas,
o cinco.
Lucha. Se rebela contra qué.
Contra un poder que desconoce
al punto de ignorar la palabra “poder” misma
y la existencia
de las demás palabras y conceptos.
Resiste inútilmente.
Las franjas amarillas de sus alas
forman dos medios círculos
¿trazados para terminar en qué otro cuerpo?
La levanto suavemente,
para que beba el aire en que ha vivido.
Logra planear apenas. Cae.
Sus pequeños motores están mudos.
No hay hospitales para mariposas,
ni seguro social para estos pobres seres

creados sólo
para decorar la Tierra.
Nada qué hacer contra lo efímero.
Ninguna cirugía a la mano.

De todos modos,
ella se resiste:
se incorpora, se dispone a volar,
sufre un espasmo,
asciende, resucita
en un impulso romántico.
Pero no,
sólo es el viento:
una ráfaga absurda
levanta por los aires la muerte
de la vieja aviadora.

Gracián agudo

Si breve,
una vez bueno.

Pan de ayer (fragmento)

Para los pobres ya el pan era tortuga
que mucho tiempo tardaba en caminar
del mostrador a la boca.

Pero el pan subió de precio
y con ello fue mayor su lentitud.
Era el pan de los hambrientos:
para llegar tortuga
y liebre para irse.
El pan era muy duro de pelar,
lo vendía envuelto como coco
en la más recia epidermis:
era el pan de ayer, pan frío,
rancio hielo de harina al que no ablanda
ni el infierno endulzado del café;
y romper esa concha impenetrable
que amurallaba el pan
hacia lento el come,
como si el migajón se elaborara
con carne de tortuga,
que es precioso lentamente masticar
por lo que tarda su escurrir lentamente en nuestra boca.

En su difícil costra el pan vivía
como la nuez, que calza su escondite,
escapando del pobre en cuya boca
vive el hambre, que es la roña del pan.

El pobre, siempre roñoso de su hambre,
siempre jugando a la roña, niño eterno,
sigue el pan desde que sólo es trigo,
como el hambriento lobo que hace guardia
ante el pequeño copo de algodón
para morder su carne cuando el copo
se convierte en cordero.

Antonio Machado

El hospicio

Es el hospicio, el viejo hospicio provinciano,
el caserón ruinoso de ennegrecidas tejas
en donde los vencejos anidan en verano
y graznan en las noches de invierno las cornejas.

Con su frontón al Norte, entre los dos torreones
de antigua fortaleza, el sórdido edificio
de grietados muros y sucios paredones,
es un rincón de sombra eterna. ¡El viejo hospicio!

Mientras el sol de enero su débil luz envía,
su triste luz velada sobre los campos yermos,
a un ventanuco asoman, al declinar el día,
algunos rostros pálidos, atónitos y enfermos,
a contemplar los montes azules de la sierra;
o, de los cielos blancos, como sobre una fosa,
caer la blanca nieve sobre la fría tierra,
¡sobre la tierra fría la nieve silenciosa!...

José de Espronceda

El mendigo

Mío es el mundo: como el aire libre,
otros trabajan porque coma yo;
todos se ablandan si doliente pido
una limosna por amor de Dios.

El palacio, la cabaña
son mi asilo,
si del ábrego el furor
troncha el roble en la montaña,
o que inunda la campaña
el torrente asolador.

Y a la hoguera
me hacen lado
los pastores
con amor.

Y sin pena
y descuidado
de su cena
ceno yo,
o en la rica
chimenea,
que recrea

con su olor,
me regalo
codicioso
del banquete
suntuoso
con las sobras
de un señor.

Y me digo: el viento brama,
caiga furioso turbión;
que al son que cruje de la seca leña,
libre me duermo sin rencor ni amor.
Mío es el mundo como el aire libre...

Todos son mis bienhechores,
y por todos
a Dios ruego con fervor;
de villanos y señores
yo recibo los favores
sin estima y sin amor.

Ni pregunto
quiénes sean,
ni me obligo
a agradecer;
que mis rezos
si desean,
dar limosna
es un deber.

Y es pecado
la riqueza:
la pobreza
santidad:
Dios a veces
es mendigo,
y al avaro
da castigo,
que le niegue
caridad.

Yo soy pobre y se lastiman
todos al verme plañir,
sin ver son mías sus riquezas todas,
qué mina inagotable es el pedir.
Mío es el mundo: como el aire libre...

Mal revuelto y andrajoso,
entre harapos
del lujo sátira soy,
y con mi aspecto asqueroso
me vengo del poderoso,
y a donde va, tras él voy.

Y a la hermosa
que respira
cien perfumes,
gala, amor,
la persigo

hasta que mira,
y me gozo
cuando aspira
mi punzante
mal olor.

Y las fiestas
y el contento
con mi acento
turbo yo,
y en la bulla
y la alegría
interrumpen
la armonía
mis harapos
y mi voz:

Mostrando cuán cerca habitan
el gozo y el padecer,
que no hay placer sin lágrimas, ni pena
que no respire en medio del placer.
Mío es el mundo; como el aire libre...

Y para mí no hay mañana,
ni hay ayer;
olvido el bien como el mal,
nada me aflige ni afana;
me es igual para mañana
un palacio, un hospital.

Vivo ajeno
de memorias,
de cuidados
libre estoy;
busquen otros
oro y glorias,
yo no pienso
sino en hoy.
Y doquiera
vayan leyes,
quiten reyes,
reyes den;
yo soy pobre,
y al mendigo,
por el miedo
del castigo,
todos hacen
siempre bien.

Y un asilo donde quiera
y un lecho en el hospital
siempre hallaré, y un hoyo donde caiga
mi cuerpo miserable al espirar.

Mío es el mundo: como el aire libre,
otros trabajan porque coma yo;
todos se ablandan, si doliente pido
una limosna por amor de Dios.

Ramón de Campoamor

Nochebuena

I

Son hija y madre; y las dos
con frío, con hambre y pena,
piden en la Nochebuena
una limosna por Dios.

II

“Hoy los ángeles querrán
—la madre a su hija decía—,
que comamos, hija mía,
por ser Nochebuena, pan.”

III

Y al anuncio de tal fiesta
abre la madre el regazo,
y sobre él a aquel pedazo
de sus entrañas acuesta.

IV

Al pie de un farol sentada,
pide por amor de Dios...
Y pasa uno..., y pasan dos...,
mas ninguno le da nada.

V

La niña, con triste acento,
“Pero ¿y nuestro pan?”, decía.
“Ya llega”, le respondía
la madre... ¡Y llegaba el viento!

VI

Mientras de placer gritando
pasa ante ellas el gentío,
la niña llora de frío,
la madre pide llorando.

VII

Cuando otra pobre como ella
una moneda le echó
recordando que perdió
otra niña como aquélla.

VIII

“¡Ya nuestro pan ha venido!”
gritó la madre extasiada...
Mas la niña quedó echada
como un pájaro en su nido.

IX

¡Llama... y llama!... ¡Desvarío!
Nada hay ya que la despierte:
duerme, está helando, y la muerte
sólo es un sueño con frío.

X

La toca. Al verla tan yerta,
se alza, hacia la luz la atrae,
se espanta, vacila..., y cae
a plomo la niña muerta.

XI

Del suelo, de angustia llena,
la madre a su hija levanta,
y en tanto un dichoso canta:
¡Esta noche es Nochebuena!...

Carlos Pezoa Véliz

Nada

Era un pobre diablo que siempre venía
cerca de un gran pueblo donde yo vivía;
joven, rubio y flaco, sucio y mal vestido,
siempre cabizbajo... ¡Tal vez un perdido!
Un día de invierno lo encontraron muerto
dentro de un arroyo próximo a mi huerto,
varios cazadores que con sus lebreles
catando marchaban... Entre sus papeles
no encontraron nada... Los jueces de turno
hicieron preguntas al guardián nocturno:
éste no sabía nada del extinto;
ni el vecino Pérez, ni el vecino Pinto.
Una chica dijo que sería un loco
o algún vagabundo que comía poco,
y un chusco que oía las conversaciones
se tentó de risa... ¡Vaya, unos simplones!
Una paletada le echó el panteonero;
luego lió un cigarro, se caló el sombrero
y emprendió la vuelta... Tras la paletada,
nadie dijo nada, nadie dijo nada...

El perro vagabundo

Flaco, lanudo y sucio. Con febriles
ansias roe y escarba la basura;
a pesar de sus años juveniles,
despide cierto olor a sepultura.

Cruza siguiendo interminables viajes
los paseos, las plazas y las ferias;
cruza como una sombra los parajes,
recitando un poema de miserias.

Es una larga historia de perezas,
días sin pan y noches sin guarida.
Hay aglomeraciones de tristezas
en sus ojos vidriosos y sin vida.

Y otra visión al pobre no se ofrece
que la que suelen ver sus ojos zarcos;
la estrella compasiva que aparece
en la luz miserable de los charcos.

Cuando a roer mendrugos corrompidos
asoma su miseria, por las casas,
escapa con sus lúgubres aullidos
entre una doble fila de amenazas.

Allá va. Lleva encima algo de abyecto.
Le persigue de insectos un enjambre,
y va su pobre y repugnante aspecto
cantando triste la canción del hambre.

Es frase de dolor. Es una queja
lanzada ha tiempo, pero ya perdida;
es un día de otoño que se aleja
entre la primavera de la vida.

Lleva en su mal la pesadez del plomo.
Nunca la caridad le fue propicia;
no ha sentido jamás sobre su lomo
la suave sensación de una caricia.

Mustio y cansado, sin saber su anhelo,
suele cortar el impensado viaje
y huir despavorido cuando al suelo
caen las hojas secas del ramaje.

Cerca de los lugares donde hay fiestas
suele robar un hueso a otros lebreles,
y gruñir sordamente una protesta
cuando pasa un bull-dog con cascabeles.

En las calles que cruza a paso lento,
buscan sus ojos sin fulgor ni brillo
el rastro de un mendigo macilento
a quien piensa servir de lazarillo.

El pintor Pereza

Este es un artista de paleta añeja
que usa una cachimba de color coñac
y habita una bohorda de ventana vieja
donde un reloj viejo masculla: tic tac...

Tendido a la larga sobre un mueble inválido,
un bostezo largo, y otro, y otro: ¡tres!
¡Diablo de muchacho, pobre diablo escuálido,
pero con modorras de viejo burgués!

Cerca de él, cigarros fingen los pinceles,
sobre la paleta de extraño color:
sus últimos toques fueron dos claveles
para un cuadro sobre cuestiones de amor.

Cerca un lápiz negro de familia Faber
enristra la punta como un alfiler;
hay tufo a sudores y olor a cadáver,
hay tufo a modorras y olor a mujer.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y mira unos cuadros repletos de bruma
sobre un hecho que hubo cerca del Rimac.

El pintor no lee. La lectura agobia,
y anteojos de bruma pone en la nariz;

Juan odia los libros, ve horrible a su novia,
y todas las cosas con máscara gris.

Su mal es el mismo de los vagabundos:
fatiga, neurosis, anemia moral,
sensaciones raras, sueños errabundos
que vagan en busca de un vago ideal.

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Qué ha de pintar, si halla todo sin color!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia,
y hace un gesto de asco si oye hablar de amor.

Mira un cuadro antiguo sin pensar en nada,
mira el techo, el humo, las flores, el mar,
una barca inglesa que ha tiempo está anclada
y unas acuarelas a medio empezar.

De un escritorrillo sobre la cubierta
un ramo de rosas chorrea placer
y una obra moderna, rasgada y abierta,
muestra sus encantos como una mujer.

El pintor no lee. La lectura agobia:
Juan Valjean es bruto, necio Tartarín;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia
y muere en silencio, de tedio, de esplín.
Sudores espesos empapan los oros

que el lacio cabello recoge del sol,
y se abren al beso del aire los poros
del rostro manchado con tintas de alcohol.

Y mientras el meollo puebla un chiste rancio,
que dicho con gracia fuera original,
una flor de moda muere de cansancio
sobre la solapa donde está el ojal.

Hay planchas que esperan el baño potásico;
un cuadro de otoño y una mancha gris,
una oleografía de un poeta clásico
con gestos de piedra y ojuelos de miss.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y enfermo incurable de una larga bruma,
oye un reloj viejo que dice: tic tac...

Ni piensa ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Qué ha de pintar si halla todo color gris!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia
y anteojos de brumas sobre la nariz.

Así pasa el tiempo. Solo, solo el cuarto...
Solo Juan Pereza, sin hablar. ¿De qué?
Flojo y aburrido como un gran lagarto,
muerta la esperanza, difunta la fe.

La madre está lejos. A morir empieza,
allá donde el padre sirve un puesto ad hoc;
no le escribe nunca porque la pereza
le esconde la pluma, la tinta o el block.

Hace ya diez años que en el tren nocturno
y en un vagón de última dejó la ciudad;
iba un desertado recluta de turno
y una moza flaca de marchita edad.

Un gringo de gorra pensaba, pensaba ...
Luego un cigarrillo... Y otro. ¿Fuma usted?
Luego un frasco cuyo líquido apuraba
para tanta pena, para tanta sed.

¡Tanta pena, tanta! Su llanto salobre
secaba una vieja de andrajoso ajuar;
iba un mercachifle y un ratero pobre
y una lamparilla que hacía llorar.

La vida ... Sus penas. ¡Chocheces de antaño!
Se sufre, se sufre. ¿Por qué? ¿Porque sí!
Se sufre, se sufre... Y así pasa un año...
y otro año... ¡Qué diablo! La vida es así...

Juan de Dios Peza

Un consejo de familia

¿Quién la miseria y el amor concilia?
Esto más que un problema es un misterio.
Para hablar de un asunto que es tan serio,
hubo ayer un consejo de familia.

Hizo de presidente del concejo
un hombrecito al que la edad agobia,
y que además del chiste de ser viejo,
es, nada menos, padre de mi novia.

A su lado, y en cómoda poltrona,
con franco y natural desembarazo,
estaba una señora setentona
con un perro faldero en el regazo.

Y en derredor, con rostros muy severos,
prontos a discutir y meter baza,
estaban cual prudentes consejeros
seis a siete visitas de la casa.

Y entre todos, causando maravilla,
de gracia y juventud, rico tesoro,
como un ángel, sentada en una silla
estaba la mujer a quien adoro.

—Con que, vamos a ver, dijo indiscreta
la madre, por anciana impertinente,
¿es verdad que eres novia de un poeta?
¿Sueñas con los laureles de su frente?

—Puesto que lo sabéis, dijo la niña,
no lo puedo negar: le quiero mucho.
—Mereces, dijo el padre, que te riña.
Y la anciana exclamó: —¡Cielos! ¡Qué escucho!

¡Blasfemia intolerable que me irrita!
—¡Habrás visto niña descarada!
Dijo en tono burlón una visita
pegándose en la frente una palmada.

—Los versos nada más son oropeles.
Dijo la anciana en tono reposado,
y apuesto que no sirven sus laureles
ni para sazonar el estofado.

¡Un novio soñador y sin dinero!
Hija, esto sí que nadie lo perdona;
ya que tiene corona y no sombrero,
fuera mejor usara su corona.

—Los hombres, dijo el padre, son perversos
pero más los poetas de hoy en día.
Quizá te piense alimentar con versos,
y eso vas a comer ¡pobre hija mía!

—O, quién sabe, agregó con triste acento
una visita, al parecer piadosa,
si se irán a poblar el firmamento
o a vivir en el cáliz de una rosa.

—Puede ser, interrumpe otra persona,
que intente levantar, llegado el caso,
a orillas de la fuente de Heliconia,
un palacio en las faldas de Parnaso.

El regalo de boda, amigo mío,
tendrá joyas riquísimas y bellas
junto a un collar de perlas del rocío,
el manto azul del cielo y sus estrellas.

Envidia te tendrán los serafines,
pues tendrás, deleitando tu hermosura,
una alfombra de nardos y jazmines
y un ruiseñor que cante en la espesura.

El marido feliz te dará un beso
diciendo: ¡tengo un ángel por esposa!
¿Y a la hora de comer? ¡Quién piensa en eso!
¡Para el poeta la comida es prosa!

Un coro de estridentes carcajadas
satíricas, terribles, infernales,
convirtió las mejillas en granadas
al ángel de mis sueños celestiales.

—¿Conque piensas seguir esos amores,
tú, la más infeliz de las mujeres,
piensas con el aroma de las flores
vivir entre la dicha y los placeres?

¿A qué alta sociedad, hija querida
te llevará ese amor del cual abusas?
¿Ha de ser muy monótona la vida,
sin tener más visitas que las musas!

Otra risa estalló ¡bendita risa!
Entonces ella abandonó su asiento,
y con grave ademán y muy de prisa
salió, sin vacilar, del aposento.

Llamáronla mil veces, pero ella,
espléndida, graciosa, soberana,
como asoma en los cielos una estrella
el rostro fue a asomar a la ventana.

—Ven, me dijo, mitad del alma mía.
Dicen que amarte es prueba de torpeza,
que por pobre te olvide ¡qué ironía!
que te deje por pobre ¡qué tristeza!

Como no te comprenden, ya por eso
destruir mis amores se concilia.
Yo siempre seré tuya: dame un beso;
¡se ha lucido el consejo de familia!

Miguel de Unamuno

La vida es limosna

Mira el pordiosero,
es el de siempre...
¡Pobrecito, que viene deshecho!
¡Cómo resiste!
¡Parece imposible!
Mírale cómo besa el mendrugo
que de allí le echaron...
¡Oh, qué pan tan duro!
No le ablandan los besos, de fijo,
los besos del pobre...
Hoy le besa... mañana le muerde...
le besa y lo guarda; al zurrón se lo mete,
se guarda el mendrugo...
En él de sus dientes
dejó un niño la marca
y después de morderlo
tuvo que dejarlo,
rendido de sueño,
rendidito el pobre...

Mira un pajarito
cómo allí se posa,
a coger las migajas

del pan de limosna...
Mira que volando
las lleva en el pico...
¡Migas del mendrugo!
Se las lleva al nido...

* * *

Hay que dar limosna,
no hay más remedio,
hay que dar limosna...
el no darla es tan feo.

¿Que no sirve de nada? ¿Qué importa?
¿Qué importa?... Es tan feo...
¡Es hermoso y basta!
“¡Caridad no, justicia!”, me dices...
Esas son monsergas,
son cosas de libros,
esos son embrollos,
ve ahí, te lo digo...
¡Es tan hermoso!

* * *

Mírale cómo viene... tan dulce...
tan dulce y tan quedo...
Mírale cómo viene tan dulce...
Es el pordiosero...

Parece su capa
la huerta del pueblo,
la huerta formada
de retazos de todos colores
que se acerquen al verde... la capa
parece la capa del pueblo,
parece la huerta
si la ves desde el cerro.
El sol y la lluvia
le han dado ese tono,
ese tono tan suave y tan dulce...
¡dale limosna... que es tan hermoso!

Mira, el Sol que es tan bueno,
su luz soberana
le da de limosna
sin negarle nada.

Y el aire le envuelve,
le besa y le abraza,
y con tanto ahínco
que por eso se pone la capa.
Bebe en los caminos
agua cristalina,
agua que Dios llueve,
limosna Divina...

* * *

¿Es que acaso somos
más que unos mendigos?
De limosna y de gracia,
de mendrugos vivimos...
¿Otra vez... otra vez lo repites?
¡Justicia tan sólo!...
¡Desgraciado si no encuentras gracia!
¡Oh, si el Juez soberano
tan sólo justicia te diera,
justicia tan sólo!...

Esas son monsergas,
son cosas de libros,
esos son embrollos,
¡ve ahí, te lo digo!

Una limosnita, por Dios, pide el pobre,
y se le contesta:
“¡Hermano, perdone!”

Y él perdona la deuda,
pa' que Dios le perdone.

“Que el buen Dios se lo pague, hermanito,
que Dios le bendiga”,
dice a quien le paga,
y en limosna le da Dios la vida...
La vida es limosna...

Déjale al corazón que te diga
qué es lo más hermoso,
déjale al corazón, que en la vida
él sabe sólo...
¡sólo él sabe la dicha!
La vida es limosna,
limosna del cielo...
Te vendrá tu hora...
La vida es muy dura;
Es como el mendrugo,
La vida es muy dura
es como el mendrugo que echaron al pobre.

Bésala piadoso
antes de guardarla,
besa ese mendrugo
antes de meterlo al zurrón de tu alma.
Su señal dejó en ella algún ángel
antes de dormirse...
Ha de despertarse...
Cuando tú te duermas,
duermas para siempre...
¡La vida es limosna...!
¡Limosna la muerte!

Emily Dickinson

La esperanza es un ente de plumas*

La esperanza es un ente de plumas
que en el alma se apoltrona,
su melodía sin letra entona
y no se detiene jamás.

El vendaval endulza su canto;
furiosa será la tormenta
si amedrenta al pajarillo
que ha sido abrigo de tantos.

Lo escuché en tierras heladas,
y en lo más extraño del mar;
y no me pidió, ni en las malas,
un sólo trozo de pan.

* Traducción del poema "Hope is the thing with feathers"
por Emma Alejandra Rodríguez Velázquez.

Antonio Plaza

Dolce far niente

Feliz yo que tendido boca arriba,
sin amo, sin mujer, sin nada de eso,
ni me duelo de Job, ni envidia a Crespo,
ni me importa que el diablo muera o viva.

Indiferente a lo que el docto escriba,
en holganza constante me esperezo,
y después de roncar, canto el bostezo,
y después de cantar, Morfeo me priva.

Aquella maldición que Adán nos trajo
de que al hombre le sude hasta su lomo
para comer un poco de tasajo,

por una chanza del Señor la tomo;
pues si yo he de comer de mi trabajo,
entonces, ¿la verdad?... mejor no como.

Dos entierros

Asomado al balcón, vi que pasaba
un gran entierro, su cortejo ingente
con pompa funeral, muy lentamente
invadiendo tres calles desfilaba.

Y más tarde pasó... ¿pasó?... ¡volaba
otro entierrillo rápido, impaciente;
iba el muerto en arcaz, hasta indecente,
y nadie al muerto aquel acompañaba.

Comparando pensé: yo no me explico
lo que hay tras de la muerte, mas diría;
el pobre que la teme es un borrico,

que si la muerte da con saña impía
fin a la vida cómoda del rico,
también da fin del pobre a la agonía.

El tahúr fullero

De proyectos preñada la mollera,
punto en la banca y en la vida cero,
y más tacaño mientras más fullero,
si gana miente, si perdió exagera.

Amistad... gratitud... eso es... ¡quimera!
que sólo por jugar ama el dinero,
y por llevarse el oro del montero
jugara hasta el honor, si honor tuviera.
Son los pichones su mejor comida,
le pone plan a su mejor amigo,
su fe, su religión, es la partida

y los naipes su gloria y su castigo;
que haciendo burros mil pasa la vida
y acaba en la vejez hecho mendigo.

Francisco de Quevedo

Prefiere la hartura y sosiego mendigo a la inquietud magnífica de los poderosos

Mejor me sabe en un cantón la sopa,
y el tinto con la mosca y la zurrapa,
que al rico, que se engulle todo el mapa,
muchos años de vino en ancha copa.

Bendita fue de Dios la poca ropa,
que no carga los hombros y los tapa;
más quiero menos sastre que más capa:
que hay ladrones de seda, no de estopa.

Llenar, no enriquecer, quiero la tripa;
lo caro trueco a lo que bien me sepa:
somos Píramo y Tisbe yo y mi pipa.

Más descansa quien mira que quien trepa;
regüeldo yo cuando el dichoso hipa,
él asido a Fortuna, yo a la cepa.

A un hombre casado y pobre

Esta es la información, este el proceso
del hombre que ha de ser canonizado,
en quien, si advierte el mundo algún pecado,
admiró penitencia con exceso.

Diez años en su suegra estuvo preso,
a doncella y sin sueldo condenado;
padeció so el poder de su cuñado;
tuvo un hijo no más, tonto y travieso.

Nunca rico se vio con oro o cobre;
siempre vivió contento, aunque desnudo;
no hay discomodidad que no le sobre.

Vivió entre un herrador y un tartamudo;
fue mártir, porque fue casado y pobre:
hizo un milagro y fue no ser cornudo.

Gaspar Núñez de Arce

La inundación

Antes

Todo respira paz: la fértil vega,
el cielo transparente, el bosque umbrío
y el viento que en las márgenes del río
sus alas bate y con las ramas juega.

Abre sus cauces el Segura, y riega
los campos secos por tenaz estío,
do redoblando su fecundo brío
el ribereño a su labor se entrega.

Al través de la copa embalsamada
de los verdes naranjos, su dichosa
casa, que dora el sol, cerca divisa.

¡Cuán feliz es! Alegran su jornada
el dulce canto de la amante esposa
y de sus hijos la inocente risa.

Después

¡Ay, todo inspira horror! La noche oscura
tendió su manto, y en la sombra envuelta
su audaz corriente, alborada y suelta,
extiende hasta los montes el Segura.

Arrolla cuanto encuentra en la llanura
con ímpetu feroz la onda revuelta:
el puente secular, la torre esbelta,
el molino, la casa y la espesura.

Hallando el valle a su soberbia estrecho,
no respetó el torrente embravecido
el templo augusto, ni la humilde choza,

y el labrador, en lágrimas deshecho,
sin amores, sin hijos y sin nido,
sobre las ruinas de su hogar solloza.

William Blake

El deshollinador**

Mi madre murió, muy chico era yo
Papá me vendió apenas oyó
Mi lengua decir: “¡’llín! ¡’llín! ¡’llín! ¡’llín!”
Así tu chimenea limpio y duermo en hollín.

Ahí está Tom Dacre, su cabello lloró
Cuando como oveja se le trasquiló, dije yo:
“¡Calla, Tom! No importa, si estás pelón
el hollín no te arruina el cabello”.

Así se calmó y esa noche soñó
Tom mientras dormía ¡qué visión le llegó!
Mas de mil compañeros, Dick, Ned, Jack y Joe
En ataúdes negros se les encerró;

Luego, ¡llegó un Ángel con una llave brillante,
Y de los ataúdes los libró en un instante!
Corriendo y sonriendo por un pastizal
Saltaron a un río y bajo el Sol a bañar.

** Traducción del poema “*The Chimney Sweeper*” por Miguel Ángel García Franco.

Desnudos y blancos, con bolsas no más,
Las nubes montaron y con el aire a jugar.
El Ángel le dijo a Tom, si era siempre un chico bueno
Tendría a Dios como su padre y nunca le faltaría el cielo.

Tom entonces despertó; cuando aún estaba oscuro
Alistamos cepillos y bolsas para el trabajo duro.
Y aunque el día estaba muy frío, Tom estaba muy contento
Si trabajábamos bien, no habríamos de temer tormento.

Ricardo Muñoz Munguía

La marcha del día

Los nuevos pasos de luz eran sobre espinas
que abrían camino a un día desvencijado,
agujas brillantes que clavaron su helado cuerpo
a unos pies torturados con caricias de madrugada
que se perdía en el fondo de los negros sentidos.

El andar sobre polvo y grietas de su propia piel
hacían con el camino oscuro la plegaria de la fe
para insistir al viento que detenga sus mensajes
que traen el caudal de voces de las sepulturas
como naufragios que derrochan sed y dolor.

Primero los sueños trémulos atravesaron el camino
pero en esa larga brecha de filos hirientes y mentiras
lograron que su inclemente daga de realidades los hundiera
como fue con el débil nido infantil que cayó entre centellas
que fueron truenos y fueron puños sin piedad contra la fe
convertida en amarga lluvia que padece el mediodía.

Igual que una canción rítmica donde el agua se quiebra
y el instrumento que la produce se posiciona firme,
sí, firme sobre el hambre como avispa sobre la fina melodía

en un vuelo que desangra la tarde de los dioses sordos
que dialogan en la temprana ruta hacia la nada,
hacia la hecatombe seductora y perspicaz y perdurable...
de la ausencia.

La esperanza y la tierra extienden sus manos
sobre la tibia piel sedienta y oscura
de unos pies sin tiempo, sin espacio.

Es la desnudez cortada por la ausencia
por el dolor del ojo que derrama su tristeza
a las grietas de la noche que se encarna
en la desnudez de los pies sin rumbo.

Sin fe.

Antonio López Mijares

Puestos en platito

Puestos en platito
escueto —frugal
de poesía, libérrimo de canto—
así se quedan,
ardientes,
armoniosos cadáveres nadando la pobre sopa.

Espejeos de lo “vivido”,
mendrugos: definiciones que refractan
un laborioso vocabulario de tópicos
y devuelven “la vida misma”,
formulada como hábito o certeza.
Mendrugos: metáfora de la metáfora de la metáfora...

Pero eso a qué suena —diría César— o sabe.
Escucha: para tu boquita
el óbolo,
el osculado sésamo
o esdrújulo tósigo: para tu boquita
la brasa,
cristo-señor-de-los-mendrugos.
Y todo puesto en el papel crudo.

Pues qué son los mendrugos
—grávidos asteroides
en el platito escueto, liso.

Y dan calor, dioses, dicha.
Y qué más: el pan, el hijo, la pobre poesía.
Pedazos
Recordar es obsceno;
peor: es triste.
Vicente Aleixandre

La pobre sopa hirviendo

La pobre sopa hirviendo
todavía en el ayer
inaudible.
Madre que estás fuera del tiempo,
madre escrita en la duración
de mi carne andrajosa,
dale vueltas y más vueltas
al cacharro ese que reverbera
como un sol impío
adentro de la noche.

Sobre el mantel en llamas
—mortaja de la mujer en llamas—
la sal derramada, los domésticos enseres,

demonios palpitando.
A la mesa el padre mago,
el hijo ciego cantan
—“sálvenos
la ultrajada leche, el usurero amor”.

Silencio, crepita la lumbre
honesta, bulle la sopa
en su cacharro
melodiosa. Madre que estás
en el sonido intacta...

¿Quién dice
esto que digo?
¿el hijo empavorecido?
¿la madre de su hijo en la cal
viva del poema
preservada para eternidad de tinta?
Poema con nombre propio.

Raúl Bañuelos Salcedo

Todos los pobres

Para Anabel

Todos los pobres son comunistas naturales.
Pero no los pueden exterminar a todos.
Los poderosos tendrían que trabajar
la tierra, velar sus fábricas, dar
clases de filosofía y ética a sus hijos,
ponerse a forjar su cuerpo de danzarines,
hacerse músicos y poetas para beber
el tinto de la tarde sin conciencia de culpa,
aprender a mirar la lluvia
sin impaciencia. Y cumplirle a su mujer
—si varón es— cada que cumpla ella
su deber de amasar el maíz
o las tormentas,
mientras él cosecha las parvadas
o baja del árbol
los maduros frutos del día.

Llanto por unos zapatos entrañables

Los zapatos que usaba eran tan viejos
que tuve que tirarlos ¡los muy pobres!
Yo los quería de antaño porque siempre
sufridamente callaron de sus penas,
¡y eran tantas!

se amoldaban al pie con tal virtud
que hube de creer en vocaciones,
en nacer para algo destinado;

yo los quería de antaño, como dije,
mas tuve que rendirme a las verdades
de suelas tan gastadas, de tacones marchitos,
de piel luida y triste que ni el lustre
pudo disimular por mucho tiempo,
y su tristeza intensa me hizo pensar
en cosas que no hubiera pensado de otro modo.

Ah, la vida de un zapato es tan postrera,
vive de recordarse, de anudar una
a una la agujeta en la posteridad de unas palabras,
de una página escrita si es el caso,
o de alguna pavada sin futuro.

Luis Armenta Malpica

Ciudad de mar interno (fragmento)

A mis padres y hermanos

No ha nacido la muerte
que me impida escudriñar el agua
en su entrepierna
el levísimo incienso
que viene con los pájaros.
Mi lengua, una llave ambiciosa, ¿en dónde se perdía
que no me recobraré su cuerpo de jacinto?

Amor: eso es el miedo, el desconcierto
en sílabas.
Ser pobre es estar solo
sin otra alma en el alma en donde guarecernos.
Oír caer la lluvia. No mojarnos.
Toda el agua es terrible cuando la sed es nula...
pero la tierra es tanta que en la muerte nos sobra.

La ciudad no comienza ni termina con uno.

Llegué sobre mis pies: no sé de otra manera
de caminar despacio.

Sin embargo al marcharme seré un intruso
anónimo
que se trague la tierra.
La luz en las paredes ocupará la sombra que no se echó
a morir sobre sus versos.

Esta ciudad ya no tiene memoria.
El amor se le evade
como se fuga el humo de la carne quemada.

La ciudad es de todos
los que no naufragamos.
El mar imaginario está en la piel del hombre.
El mar está en los ojos: lo que miro regresa
se va tras las gaviotas.
Las crestas de lo visto se mojan con la lluvia blanquísima
celeste
que rompe entre las nubes.

Entonces Dios existe.
Entonces alguien llora: esta vez de alegría
porque sigue creciendo
lo que mira...
porque sigue mirando lo que crece...

La ciudad es el hombre
al que uno siempre vuelve
de uno
mismo.

Elena Preciado

Descenso

Cuando apenas vine al mundo,
en medio de la pobreza,
descubrí que la entereza
(lo entiendo mientras me hundo)

no existe para los seres
que buscan en la basura,
que víctimas son de usura...
No te juzgan por qué eres.

Dignidad: aquel estambre
que teje crueles alfombras
pisoteadas por enjambre.

Conocí el horror que nombras
oh, sabor triste del hambre.
Mi destino fue... de sombras.

Posesión

Hay gente que pierde todo.
Personas sin nada nacen,
perdidas viven y yacen
ignoradas en el lodo.

Los hijos son eso único
que el pobre puede tener.
El nuevo hombre o mujer
caerá en terreno neptúnico.

Y porque hijos tenemos
encontramos sólo en ellos
una razón de vivir.

Más nada importa, ¡soñemos!
No importan los atropellos
surgidos por existir.

Asesina



Autores

Rubén Bonifaz Nuño (1923-2013), poeta mexicano, estudioso de la cultura clásica griega y latina. Estudió Derecho y Letras clásicas en la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre sus libros de poesía destacan *Imágenes* (1953), *Los demonios y los días* (1956), *El manto y la corona* (1958) y *Fuego de pobres* (1961). Gracias a él conocemos en lengua española a autores como Virgilio, Catulo, Propertio, Ovidio, Lucrecio, Horacio, César, Homero, Eurípides, Hipólito, Lucano, Eurípides y Marcial.

Referencia de “Algo se me ha quebrado esta mañana...” y “No me ilusiono, admito”: *Fuego de pobres*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.

César Vallejo (1892-1938), poeta y periodista peruano, considerado el máximo exponente de las letras en su país y el más grande poeta del siglo xx en todos los idiomas. Su obra comprende distintos géneros: de poesía, *Trilce* (1922) es su obra cumbre; de relatos, *Escalas* (1923); de novela proletaria o indigenista, *El tungsteno* (1931) y de crónicas, *Rusia* (1931), por mencionar los títulos más representativos.

Referencia de “Traspié entre dos estrellas”, “Los desgraciados”, “El pan nuestro” y “Un hombre pasa con un pan al hombro”: <<http://www.materialdelectura>.

unam.mx/index.php/poesia-moderna/16-poesia-moderna-cat/182-083-cesar-vallejo?start=34>. Consultado el 4 de enero de 2020.

Miguel Hernández (1910-1942), poeta y dramaturgo español, reconocido por su activismo en la Guerra Civil española. Es considerado el creador de la “poesía de guerra”. Entre las obras que creó en esta época están *Viento del pueblo* (1937) y *El hombre acecha* (1938). Unos lo consideran integrante de la generación del 36, otros lo colocan en la del 27.

Referencia de “El hambre” y “Jornaleros”: *Poemas sociales de guerra y de muerte*, Madrid, Alianza, 1997.

César Aristides (1967), poeta, editor y reseñista literario mexicano. Ha publicado una decena de poemarios, entre ellos *Duelos y alabanzas* (2002), *Labios del abismo y la fractura* (2007), *De la vida retirada* (2010) y *Thomas Bernhard despierta en su tumba sin nombre* (2013). Es miembro del Sistema Nacional de Creadores desde 2005.

Referencia del poema “La plegaria de enero”: *Umbrales de la rabia y la convalecencia*, Ciudad Obregón, Sonora, Agrupación para las Bellas Artes, 1998.

Fernando del Paso (1935-2018), escritor, dibujante, pintor, diplomático y académico mexicano. Tres de sus novelas son consideradas los mejores exponentes de la narrativa mexicana del siglo xx: *José Trigo* (1966), *Pa-*

linuro de México (1977) y *Noticias del Imperio* (1987). En 2015 le fue concedido el Premio Cervantes.

Referencia de “*Porque todo será mentira*”: José Trigo, México, Siglo XXI, 1966.

Rodolfo Naró (1967), poeta y novelista mexicano. Su obra poética está reunida en *Los días inútiles* (1985-1995) y *Lo que dejó tu adiós* (1995-2005). Como novelista es autor de *El orden infinito* (2006), finalista del Premio Planeta Argentina, *Cállate niña* (2011) y *Un corazón para Eva* (2018). Ha sido becario del Fonca en la disciplina de novela, y actualmente es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

El poema “Sombras de números me persiguen” fue escrito ex profeso para esta antología.

Pablo Neruda (1904-1973), poeta y político chileno. Entre su obra destacan los poemarios *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* (1924) y *Canto General* (1950). En 1945 recibió el Premio Nacional de Literatura de Chile, y en 1971 ganó el Premio Nobel de Literatura.

Referencia de “Oda a la pobreza”: *Odas elementales*, Santiago, Pehuén Editores, 2005.

Lope de Vega (1562-1635), poeta y dramaturgo español, considerado el autor más importante del Siglo de Oro español. Se le atribuyen cerca de tres mil sonetos, siete novelas, tres poemas didácticos y centenares de comedias.

Referencia de “De vos se queja la pobreza humana” y “Vuesa merced se puso a la ventana”: *Poesía lírica*, México, Editorial Porrúa, 1995.

Iván Paredes García (1976), poeta mexicano. Estudió Filosofía en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán de la UNAM. Es profesor de Filosofía en la misma universidad y ha incursionado en el teatro en diversos montajes, entre los que destaca *Monólogo del rencoroso* (2014).

El poema “Un mundo blanco” fue escrito ex profeso para esta antología.

Ruben Gerdel (1976), escritor, editor y profesor nacido en Venezuela y naturalizado mexicano. Egresó de la maestría en Edición por la Universidad Autónoma de Barcelona y de la licenciatura en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Además, realizó estudios de Literatura y Lingüística en Moscú. Obtuvo mención honorífica en el concurso Los Desiertos del Ángel (2012) por su relato “Autorretrato con muñecas”, el cual fue publicado en la antología titulada *Sueño con mariposas y otros relatos*.

Los poemas “La mosca en la jaula” y “Paisaje con metro y sonidero” fueron escritos ex profeso para esta antología.

Gabriel Celaya (1911-1991), poeta, traductor y ensayista español, considerado dentro de los autores más representativos de la denominada poesía social. Fue autor de casi un centenar de libros, de los que destacan los poemarios *Movimientos elementales* (1947), *Tranquilamente hablando* (1947), *Las cosas como son* (1949) y *Campos semánticos* (1971); el ensayo *Tentativas* (1946), así como diversas traducciones de Rainer María Rilke, Arthur Rimbaud, Paul Éluard y William Blake.

Referencia de “La poesía es un arma cargada de futuro”: <http://www.gabrielcelaya.com/documentos_algunospoemas.php>. Consultado el 4 de enero de 2020.

Vicente Huidobro (1893-1948), poeta chileno, considerado entre los principales divulgadores del movimiento poético vanguardista en América Latina durante el primer tercio del siglo xx, especialmente reconocido por desarrollar la teoría estética del Creacionismo. Entre sus libros más destacados se encuentran *Mío Cid Campeador. Hazaña* (1929); *Altazor* (1931) y *Temblor de cielo* (1931).

Referencia de “Pasión pasión y muerte”: Vicente Huidobro, *Obra selecta*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1989.

Efraín Huerta (1914-1982), poeta y periodista mexicano, fundador de la revista *Taller*. Entre sus libros más importantes están *Absoluto amor* (1935), *Los hombres del alba* (1944), *La rosa primitiva* (1950), *El Tajín* (1963), *Poemas prohibidos y de amor* (1973), *Circuito interior* (1977) y *Estampida de poemínimos* (1980). En 1976 se le confirió el Premio Nacional de Letras.

Referencia de “¡Mi país, oh, mi país!”: *Poesía completa*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995.

Fernando Pessoa (1888-1935), escritor portugués, reconocido por sus heterónimos: Alberto Caeiro, Alexander Search, Álvaro de Campos, Bernardo Soares y Ricardo Reis. Su extensa producción poética fue recogida en estos volúmenes de sus obras completas: *I. Poesías* (1942) de Fernando Pessoa, *II. Poesías* (1944) de Álvaro de Campos, *III. Poemas* (1946) de Alberto Caeiro, *IV. Odas* (1946) de Ricardo Reis, *V. Mensagem* (1945), *VI. Poemas dramáticos*, *VII y VIII. Poesías inéditas* (1955-1956); sus ensayos, en *Páginas íntimas de autointerpretación* (1966), *Páginas de estética y de teoría y crítica literarias* (1967) y *Textos filosóficos* (1968). El diario que dejó al morir, junto con sus apuntes, aforismos, divagaciones y fragmentos, formó el *Libro del desasosiego* (1982).

Referencia de “No creo en Dios”: <https://cetr.net/es/fernando_pessoa_alberto_caeiro_no_cr-2/>. Consultado el 4 de enero de 2020.

Miguel de Cervantes (1547- 1616), novelista, poeta y dramaturgo español, considerado la máxima figura de la literatura española, autor de *El ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* (1605), la primera novela moderna y una de las obras más importantes de la literatura universal.

Referencia de “A un valentón”: <<http://www.lcc.uma.es/~perez/sonetos/cervantes.html/>>. Consultado el 4 de enero de 2020.

Eduardo Lizalde (1929), poeta, ensayista y narrador mexicano. Entre sus obras destacan *La mala hora* (1956), *El tigre en la casa* (1970), *La zorra enferma* (1974), *Caza mayor* (1979), *Autobiografía de un fracaso* (1981), *¡Tigre, tigre!* (1985), *Antología impersonal* (1986), *Otros tigres* (1995), *Rosas y otros tigres* (1999), *Las huellas del tigre* (2000), *Algaida* (2004), *El vino que no acaba: antología poética 1966-2011* (2012), *El tigre en la casa y otros poemas* (2014). Ha recibido distintos galardones, como el Premio Xavier Villaurrutia (1970), el Iberoamericano Ramón López Velarde (2002) y el X Premio Internacional de Poesía Ciudad de Granada Federico García Lorca (2013), entre muchos otros.

Referencia de “Muere esta ínfima criatura”: *La zorra enferma*, México, Joaquín Mortiz, 1974; de “Pan de ayer”: *Nueva memoria del tigre. Poesía 1949-2000*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Antonio Machado (1875-1939), poeta, dramaturgo y narrador español, integrante de la generación del 98. Sus obras más importantes son *Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel* (1926) y *La duquesa de Benamejí* (1932). Sus primeros poemas fueron incluidos en *Soledades* (1903), *Soledades, galerías y otros poemas* (1907), reedición y ampliación del anterior, y *Campos de Castilla* (1912).

Referencia de “El hospicio”: <https://docs.google.com/document/d/1vxJV8HAEqJg4WBBCw5_VIM3--lnN6u3-s7cu8L3tuJw/edit>. Consultado el 4 de enero de 2020.

José de Espronceda (1808-1842), poeta y narrador español. Además de ser considerado el poeta más representativo del primer Romanticismo en su país natal por su obra *La Canción del Pirata* (1840), Espronceda escribió novelas históricas, como *Sancho Saldaña* (1834) y obras de teatro, como *Ni el tío ni el sobrino* (1834), coescrita con el escritor y militar Antonio Ros de Olano.

Referencia de “El mendigo”: *Obras poéticas*, México, Porrúa, 2010.

Ramón de Campoamor (1817-1901), poeta español del realismo literario. Con tan sólo veinte años publicó su primera obra, titulada *Una mujer generosa* (1838); posteriormente *El castillo de Santa María* (1838) y *La*

fineza del querer (1840); sin embargo, se destaca *Doloras* (1846), ya que se aleja del Romanticismo y se acerca a los principios del Positivismo.

Referencia de “Nochebuena”: *Doloras y poemas*, México, Porrúa, 2006.

Carlos Pezoa Véliz (1879-1908), poeta y periodista autodidacta chileno. Su poesía fue reunida y editada de manera póstuma. La primera y más famosa recopilación fue *Alma chilena* (1911), que posteriormente fue reeditada por Editorial LOM. Otra recopilación es *Poesía y prosa completa* (1927) de Editorial Nascimento.

Referencia de “Nada”: Fernando Montes de Oca (compilador), *Poesía hispanoamericana*, México, 1991.

Juan de Dios Peza (1852-1910), escritor y político mexicano. Sus obras más conocidas son *Poesías* (1873), *Canto a la Patria* (1877), *Horas de pasión* (1876), *La lira mexicana* (1879) y *Cantos del hogar* (1890), editada por primera vez con el título de *Cantos del corazón* (1889).

Referencia de “Un consejo de familia”: *Recuerdos y esperanzas*, México, Porrúa, 1998.

Miguel de Unamuno (1864-1936), escritor y filósofo español perteneciente a la generación del 98. Su primer libro *En torno al casticismo* (1895) fue el par-

teaguas para el resto de su obra que resiste toda categorización: *La vida de don Quijote y Sancho* (1905), *Niebla* (1914), *Abel Sánchez* (1917), *San Manuel Bueno, mártir* (1931).

Referencia de “La vida es limosna”: *Antología poética*, México, Porrúa, 1979.

Emily Dickinson (1830-1886), poeta estadounidense, considerada entre las figuras más relevantes de la poesía de su país, junto a Edgar Allan Poe y Walt Whitman. Sus poemas empezaron a publicarse casi cinco años después de su muerte, pero ganaron fama hasta la publicación de *The Life and Letters of Emily Dickinson* (1920), donde se recoge la extensa y desigual obra de la poeta, en la que se destacan *Poemas* (2005) y *The Poetry of Emily Dickinson* (2015).

Referencia de “La esperanza es un ente de plumas”/“‘Hope’ is the thing with feathers”, en *The Poems*, Harvard University Press, 1999. Traducción de Emma Alejandra Rodríguez Velázquez.

Antonio Plaza (1833-1882), poeta y periodista mexicano. Es prologuista y autor de la selección que lleva por título *Álbum del corazón* (1899).

Referencia de “Dolce far niente”, “Dos entierros” y “El tahúr fullero”: *Poesías escogidas*, México, Ediciones Ateneo, 1970.

Francisco de Quevedo (1580-1645), escritor español del Siglo de Oro. Cultivó distintos géneros literarios. Sus obras más destacadas son *Historia de la vida del Buscón* (1603), *Los Sueños* (1605-1622), *Política de Dios, gobierno de Cristo, tiranía de Satanás* (1626), *La cuna y la sepultura* (1635) y *Marco Bruto* (1646). Son numerosos sus sonetos, letrillas y romances divulgados por los juglares, y recogidos póstumamente.

Referencia de “Prefiere la hartura y sosiego mendigo a la inquietud magnífica de los poderosos” y “A un hombre casado y pobre”: *Obra poética*, parte 1, Madrid, Castalia, 2001.

Gaspar Núñez de Arce (1832- 1903), poeta y político español que evolucionó del Romanticismo hacia el Realismo literario. Dentro de sus obras más destacadas como dramaturgo se encuentran: *El haz de leña* (1872) y *Justicia providencial* (1872). Entre sus poemarios publicados están: *Raimundo Lulio* (1875), *Gritos de combate* (1875), *Elegía a Alejandro Herculano* (1877), *La selva oscura* (1879), *Un idilio* (1879), *El vértigo* (1879), *La visión de fray Martín* (1880), *La pesca* (1884), *Maruja* (1886), *Poemas cortos* (1895).

Referencia de “La inundación”: *Poesías completas*, México, Porrúa, 2005.

William Blake (Londres, 1757-1827), poeta, pintor y grabador británico. Entre sus obras destacan las siguientes: *All Religions are One* (1788), *Songs of Innocence*

(1789), *The Marriage of Heaven and Hell* (1790-1793), *Visions of the Daughters of Albion* (1793), *America: a Prophecy* (1794), *The Book of Los* (1795), *Milton: a Poem* (1804), *Jerusalem: The Emanation* (1820).

Referencia de “El deshollinador” / “The Chimney Sweeper”: Martin K. Nurmi, *Fact and Symbol* in “The Chimney Sweeper” of *Blake’s Songs of Innocence*, New York, Public Library, 1964. Traducción de Miguel Ángel García Franco.

Ricardo Muñoz Munguía (1970). Poeta, crítico literario y editor mexicano. Es autor de los poemarios *Aire corredor* (2000), *Amanterio* (2005) y *La última sed* (2019), entre otros. Su labor creativa ha aparecido en una docena de antologías, entre ellas, *Bestiario inmediato* (2000), *Vuelta a la casa en 75 poemas* (2001) y *Anuario de poesía mexicana 2006* (2007).

El poema “La marcha del día” fue escrito ex profeso para esta antología.

Antonio López Mijares (1951), escritor mexicano y doctor en estudios científico-sociales. Ha publicado los libros de poesía *Felicidad* (1990), *La casa transparente*, 1988-1998 (2000) y *Epígrafes, poemas* (2012), entre otros, así como el libro de aforismos *Tópicos* (2003).

Referencia de “Puestos en platito” y “La pobre sopa hirviendo”: *Felicidad en los suburbios claros*, Guadalajara, Secretaría de Educación y Cultura de Jalisco, 1990.

Raúl Bañuelos Salcedo (1954), poeta mexicano. Ha publicado más de veinte libros entre poesía, ensayo y crónica, de los que destacan *Tan por la vida, plaquette* (1978), *Menesteres de la sangre* (1979), *Por el chingo de cosas que vivimos juntos: plaquette* (1979), *Casa de sí* (1994), *Junturas* (1996), *Los solos* (1996). Ha participado en variadas antologías, como *Poesía reciente de Jalisco* (1989), *Poesía viva de Jalisco* (2003).

Referencia de “Todos los pobres”: *Tan por la vida*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1978.

Gilberto Meza (1954), poeta, traductor y editor mexicano. Ha publicado *Testament for Man* (Toronto, 1982), traducido por Albert y Theresa Moritz; *Nadina y los patos* (1984) y *Altisonante* (2012). Participó en la antología *13 Rojo* (México, 1979, y La Habana, 1983). De su labor como traductor destaca *En la lejana oscuridad* (1985), de A. F. Moritz.

Referencia de “Llanto por unos zapatos entrañables”: *Testament for Man*, Toronto, Dreadnaught, 1982.

Luis Armenta Malpica (1961), poeta, ensayista y traductor mexicano. Autor de veinticinco poemarios, entre los que destacan *Llámenme Ismael* (2014), *The Drunkenness of God* (2015), *Götterdämmerung. Antología personal* (2017), *Götterdämmerung. Antologie minime* (2015), *Greetings to the Family* (2016), *Voința luminii* (2017), *Chiamatemi Ismaele* (2019) y *Enola Gay*

(2019). Ha recibido distintos reconocimientos, como el Premio Nacional de Poesía (1994), el Premio Efraín Huerta 2000, el Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda 2000 por Nombradía, mención en el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda, Chile, 2000, y en el VIII Premio Internacional de Poesía Nicolás Guillén, México-Cuba, 2000, entre otros.

Referencia de “Ciudad de mar interno”: *Voluntad de la luz*, México, Conaculta-Verdehalago, colección La Centena, 2006.

Elena Preciado Gutiérrez (México, 1983), poeta y traductora mexicana. Entre sus traducciones están *Los mil y un fantasmas de Alexandre Dumas* y *Junto a un muerto y otros cuentos de terror de Guy de Maupassant*, además de treinta libros de no ficción.

Los poemas “Descenso”, “Posesión” y “Asesina” fueron escritos ex profeso para esta antología.



**Meras
cosas del
espíritu**

se terminó de editar
en diciembre de 2020
en las oficinas de la Editorial
Universidad de Guadalajara, José
Bonifacio Andrada 2679, Lomas de
Guevara, 44657 Guadalajara, Jalisco

Iliana Ávalos González
Coordinación editorial

Paola Vázquez Murillo
Jefatura de diseño

Jorge Orendáin
Modesta García Roa
Cuidado editorial

Maritzel Aguayo
Diseño y diagramación